

Sarmiento y el mundo al revés

Estados alterados del prócer

Por Ernesto Romano

Publicado en la revista *Negra* N° 3. Enero de 2006.

“¿Se ha embriagado con opio alguno? Pues yo sí, que todo lo he probado!” D.F.S.

Don Domingo no percibe como el común de los mortales. La suya es una conciencia dilatada. Las excentricidades que validaron su título de “loco”, nacen de un mundo en las antípodas de la mente vulgar. “Soy yo un ente raro”, nos confiesa (XLIX, 304). Para decirlo de una vez, desconoce el rebaño, no somos sus iguales. A diferencia de la nuestra, su psiquis contiene el envés simbólico del objeto percibido. Esta conciencia fronteriza, dual, es el ámbito de su genio. Desde allí construye psicológica y metafísicamente, política vana incluida, su obra. Pese a que todos los tópicos sobre los estados alterados aparecen en sus escritos, este aspecto no ha sido estudiado por la crítica, que se ha limitado a mencionar la rareza del espécimen. La parafemalia lumínica, el color y el bestiario fantástico de las visiones y fenómenos de precognición, sueño diurno, sonambulismo y estados hipnagógicos e hinapómpicos tienen referencias en sus libros y anecdotario. Aislamiento, opio y anhídrido carbónico también asisten ocasionalmente al héroe.

Desde su niñez está a merced de una imaginación que, alimentada con leyendas populares y elucubraciones teológicas, construirá un mundo de arquetípicos personajes. Curiosas influencias, Ña Cleme, pretendida bruja, y José de Oro, clérigo a la vez que centauro, incentivarán su fantasía. Los fantasmas rondan noche tras noche su cama infantil, “Cuando se apagaba la luz, principiaban mi martirio (...) salían de todos los rincones bultos sin forma (...) Eran seres animados, pero sin fisonomías discernibles, y empezaban una danza, un dar vueltas en el interior de la pieza. Yo estaba en lo oscuro mirándolos aterrado (...) ¡Y esto ha durado años!” (XLV, 277). Sus *Recuerdos de Provincia* ocultan un hecho terrible, el vientre de Paula es más rico de muertos que de vivos; de los catorce o quince hijos paridos (hay quien habla de diez y ocho) sólo cinco sobreviven, y Domingo será el único entre los varones.

Aunque Sarmiento atribuye al aire viciado del cuarto sus visiones, también interpreta estos terrores equiparando la mente infantil a la arcaica: “Esta es una noche fósil del mundo primitivo. Así debieron pasarlo nuestros padres durante siglos. Los cultos terroríficos del Egipto, la adoración de los animales dañinos o benéficos, fue el simbolismo de los antiguos miedos (...) Estos miedos que han rodeado la cuna de las sociedades humanas, revolotean bajo todas las formas en torno de la cuna del niño” (XLV, 276).

Nada despierta tanto su curiosidad como el funcionamiento de la propia mente, vive atento a sus mismas rarezas. Los límites entre sueño y vigilia, ilusión y realidad son la piedra de toque de su ontología anímica.

El exceso de excitación cerebral es otro elemento motivador de sus creaciones fantasmáticas. En un artículo periodístico analiza bajo el título *Curioso fenómeno fisiológico* (XLVI, 164) un escrito propio realizado en estado de sonambulismo.

Ferviente es su creencia en la bibliomancia, método adivinatorio por la lectura al acaso de un libro, semejante al practicado en el medioevo islámico y cristiano. (S.A. 374).

El encuentro con un cataléptico que entre convulsiones le profetiza la caída de Rosas, deja en claro su valoración de la clarividencia (XIV, 185).

La luz y el color

El elemento rey de la experiencia visionaria, la luz, bajo la especie de fuegos artificiales, luz interna, luz mala, fuegos de San Telmo y *scintillae animae*, entre otras, y una simbología que enlaza la luminosidad en sucesivos niveles ontológicos es reconocible en su obra.

Luz y color contemplados desde la obscuridad y el aislamiento vinculan dos mundos especulares; conjuntos de formas que revelan motivos ocultos, "(...) nubes acumuladas sobre el horizonte, perfiles de montañas que sirven de escenarios a figuras fantásticas, a parecer de habitantes de mundos desconocidos, pero vecinos (...) podemos en ellas ver retratados personajes históricos o mitológicos" (XXII, 86). Su percepción está siempre grávida de símbolos, sus sentidos no son inocentes.

El color opera sobre su mente con inusitada violencia. Lucio Mansilla es testigo de la compulsiva conducta de Sarmiento que magnetizado por una bandera roja clava en su centro la espada envainada.

Fantasmagorías

El fantasma o aparecido, con diversa modalidad y rango ontológico, ya que puede tratarse de un aterrador espejismo, una creación literaria o una alucinación atribuida a algún tóxico, constituye un tipo fundamental de su imaginario. La Sombra de Quiroga, cuya primera manifestación está posiblemente asociada a la crisis cerebral de Sarmiento en la mina de Copiapó, y sólo años después formulada literariamente, es el arquetipo central de su mundo al revés, y su propia imagen especular. El caudillo riojano es su médium, su ente de comprensión.

Relevante es también el relato de su enfrentamiento con una terrible aparición: "Mozo de diez y ocho años he estado sin pestañear dos minutos en presencia de un *fantasma*, real y verdadero fantasma, blanquecino, alto de veinte varas, ancho de dos tercias, inmóvil, á campo abierto" (XLV, 277).

Un conmovedor escrito sobre un exorcismo toba descubre lo curioso de sus indagaciones: "(...) aquellas voces humanas, que parecen salir de lo profundo de nuestra historia y del pecho de nuestros antepasados" (XLII, 346).

Los estados inducidos, el opio.

La inhalación de anhídrido carbónico utilizado en la moderna experimentación de estados alterados no sólo es mencionada en la aterradora visión infantil sino que juega importante papel en el descenso de Sarmiento a las entrañas del volcán

napolitano; experiencia visionaria en la que el elemento disparador es un alucinógeno: “Cuando ya había visto expirante, en la Grotta del Cane, el perro que introducen en el gas carbónico, y aspirado yo mismo el gas amoníaco en otra vecina; visitando la Solfatara, costeadó el lago, entrada sombría del infierno de Virgilio, y héchome introducir en hombros a la obscura gruta, en que pronunciaba sus oráculos la inflexible Sibila de Cumas, tomé con una caravana de viajeros el difícil camino del Vesubio” (V, 287).

Contrapuesto al “mal viaje” del volcán, el descenso a los infiernos patrios, en el cementerio de la Recoleta, es un ejemplo de visión dichosa, sin asistencia de tóxicos, en el que declara: “Ved aquí lo que yo sólo vi” (XLVI, 88).

Otro viaje venturoso es el narrado en su diario de a bordo del Merrimac, donde la contemplación del mar linda con el éxtasis: “(...) sobre el mar sin límites, deja uno de ser grey, pueblo, especie humana. En mi casa, en tierra, estoy sobre un planeta. Aquí; Dios, el mar, el pensamiento.” (XLIX, 303).

Su experiencia con alucinógenos tiene el conocimiento como móvil. Hacia 1865 contemplando Nueva York y refiriéndose, sin mencionarlo, a Thomas de Quincey escribe: “(...) un inglés que tenía la manía de embriagarse con opio, ha escrito sus sueños. Veía en ello ciudades monstruos con edificios de una cuadra de alto, hombres de otra constitución humana, el sol gigantesco, las estrellas como soles, y otras imágenes inconcebibles a la razón tranquila. Yo he pasado por una pesadilla igual en estos días. Vivido en quince, lo que haría la vida de un año” (XXIX, 33). Si bien este texto deja constancia de la similitud de su percepción naturalmente estimulada con la de un observador drogado, veinte años después (1886) en un artículo periodístico nos describe la ciudad de La Plata bajo el efecto del alucinógeno: “Una sensación deliciosa, de bienestar, en medio de una iluminación espléndida que no viene del sol pues no tienen sombra los cuerpos; sin duda que se dilata el espíritu, puesto que las calles angostas, tortuosas, los edificios de azotea, las calles pantanosas no proceden sino de la limitación de los tamaños, de la conciencia, en el sentido común (XLII, 232).

El mundo al revés

Su mente crea y es creada a su vez, por un elenco de seres imaginarios. El imperio de estos personajes sobre su vida íntima, artística y política constituyen el misterio de su genio. Franklin “el santo del pueblo”, Facundo “el tigre” o Robinson Crusoe “el self made man” no representan seres corpóreos sino algo más poderoso, generadores de realidad, ideas demiúrgicas.

Sarmiento mismo comenta la peculiaridad de su estructura mental: “hay para mí un mundo á parte en que las cosas andan al revés de lo que á todos sucede ó á la generalidad de la vida, y derecho tengo a trazarme reglas, que al fin á nadie dañan, porque sólo se obedecen en mi mundo propio” (S.A. 374). En este orbe psíquico el prócer recibe, al igual que sus admirados Sócrates y Franklin, la asistencia de un “Demonio” amigo que le trae la cifra requerida o la luminosa comprobación de la teoría incubada. El “mundo al revés”, inexplicable por su condición misma de dador de sentido, constituye el núcleo de su obra artística y política. Sin dar aquí razones, sentencio que el personalísimo universo de don Domingo Faustino tiene similar estructura mitológica a los de Dante, Goethe o

Victor Hugo. Es dentro de este “palacio de los ilustres” donde debe ser comprendido. Mal nos pese, el genio supone un universo invertido.

Aclaración:

- Los números romanos corresponden a la primera edición de las *Obras Completas de Domingo Faustino Sarmiento*. Las referencias de los tomos I al VI pertenecen a la reimpresión de Belín Sarmiento de 1909.
- S. A.: *Sarmiento anecdótico*, Belín Sarmiento, Augusto. Buenos Aires: Arnoldo Moen y Hno., 1905.